

Betún y sangre

Rubén Darío



**Este libro es propiedad del Ministerio de Educación.
Prohibida su venta.**



MINED

UNIDA,
NICARAGUA TRIUNFA! Un Ministerio en el Aula

BETÚN Y SANGRE / Rubén Darío

© Presente edición, Ministerio de Educación, Nicaragua

© Programa Textos Escolares Nacionales /
Amerrisque

Colección “*Cuentos quieres...*”

ISBN: 978-99924-71-33-3

978-99924-71-30-2 (Colección)

Ilustraciones: Alventh Rodríguez

Diseño y pintura: Mauricio E. Valdez R.

Revisión y cuidado de esta edición:

María Enriqueta Prado, Asesora Pedagógica de Educación
Primaria.

Impresión: Condor Editores de Costa Rica, S.A. / ITSA 2009.

Financiado con fondos PASEN (Banco Mundial)

AUTORIDADES DEL MINED

Miguel De Castilla Urbina

Ministro

Milena Nuñez Téllez

Viceministra

Marlene Valdivia

Secretaria General

Guillermo Martínez

Director General de Educación y Delegaciones

Guillermo López López

Director de Educación Primaria

Nota del editor: Esta edición recoge el texto de Darío, exceptuando las palabras en letra itálica (bastardilla) y las palabras explicativas encerradas entre corchete [].



Gobierno de Reconciliación
y Unidad Nacional

El Pueblo, Presidente!

2009: AÑO 30 DE
LA REVOLUCIÓN
Upva Nicaragua Lebré!

*... y ahora vamos por
la Calidad y los Valores!!!*

PRESENTACIÓN

Estimados/as Docentes, Niñas, Niños y Adolescentes

El Gobierno de Reconciliación y Unidad Nacional, a través del Ministerio de Educación, entrega a la niñez nicaragüense la Colección “Rubén Darío”, conformada por seis libros de cuentos ilustrados de forma sencilla, y dos libros de consulta para los y las docentes.

Leer a Darío en las aulas de Educación Primaria, es una oportunidad para mejorar las competencias lectoras de los estudiantes y formar valores de identidad nacional. El reto de hacer de la lectura una experiencia auténtica, demanda la intervención de las y los docentes para promoverla en el aula de manera amena, recreativa y accesible, por ser Rubén Darío, el máximo exponente de la cultura nicaragüense.

Exhortamos a la comunidad educativa al buen aprovechamiento de esta Colección; además, de su cuidado para garantizar su mayor duración, por lo que se requiere mantener estos materiales limpios, evitar dañarlos y perderlos, para que en el futuro puedan ser leídos por más niños, niñas y jóvenes nicaragüenses. Recordemos que el libro es también un amigo, y merece todo nuestro respeto y cariño.

¡¡ Disfrutemos del pensamiento renovador, social y revolucionario de todos los tiempos de nuestro querido Rubén!!


Miguel De Castilla Urbina
Ministro

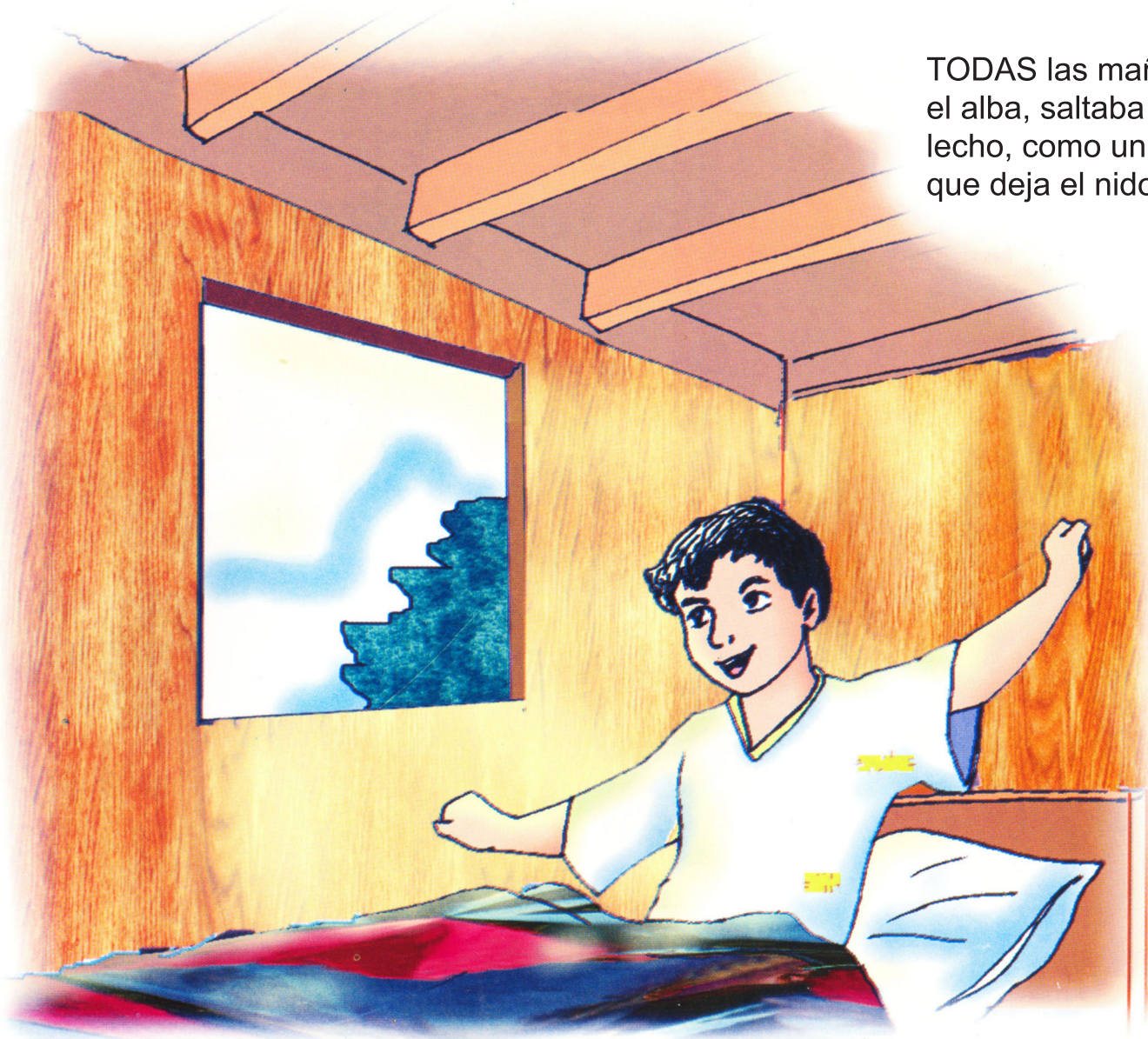


Ministerio de Educación. Despacho del Ministro
Centro Cívico Camilo Ortega, Módulo “J”, Planta Alta • Apdo Postal: 108
Telef: 22651030 - 22650297 • Fax: 22651595 • <http://www.mined.gob.ni>

Betún y sangre

Rubén Darío

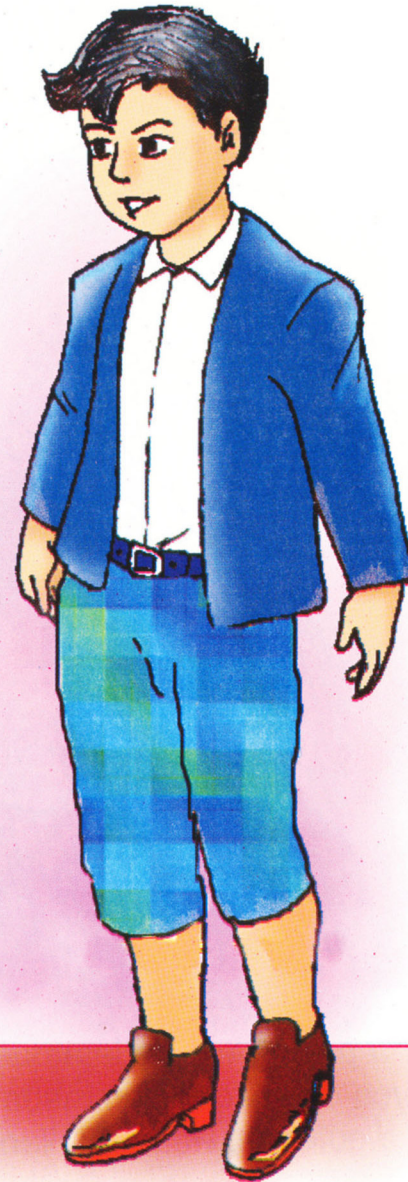
TODAS las mañanas al cantar el alba, saltaba de su pequeño lecho, como un gorrión alegre que deja el nido.



Haciendo trompeta con la boca,
se empezó a vestir ese día,
recorriendo todos los aires que
echan al viento por las calles de
la ciudad los organillos
ambulantes.

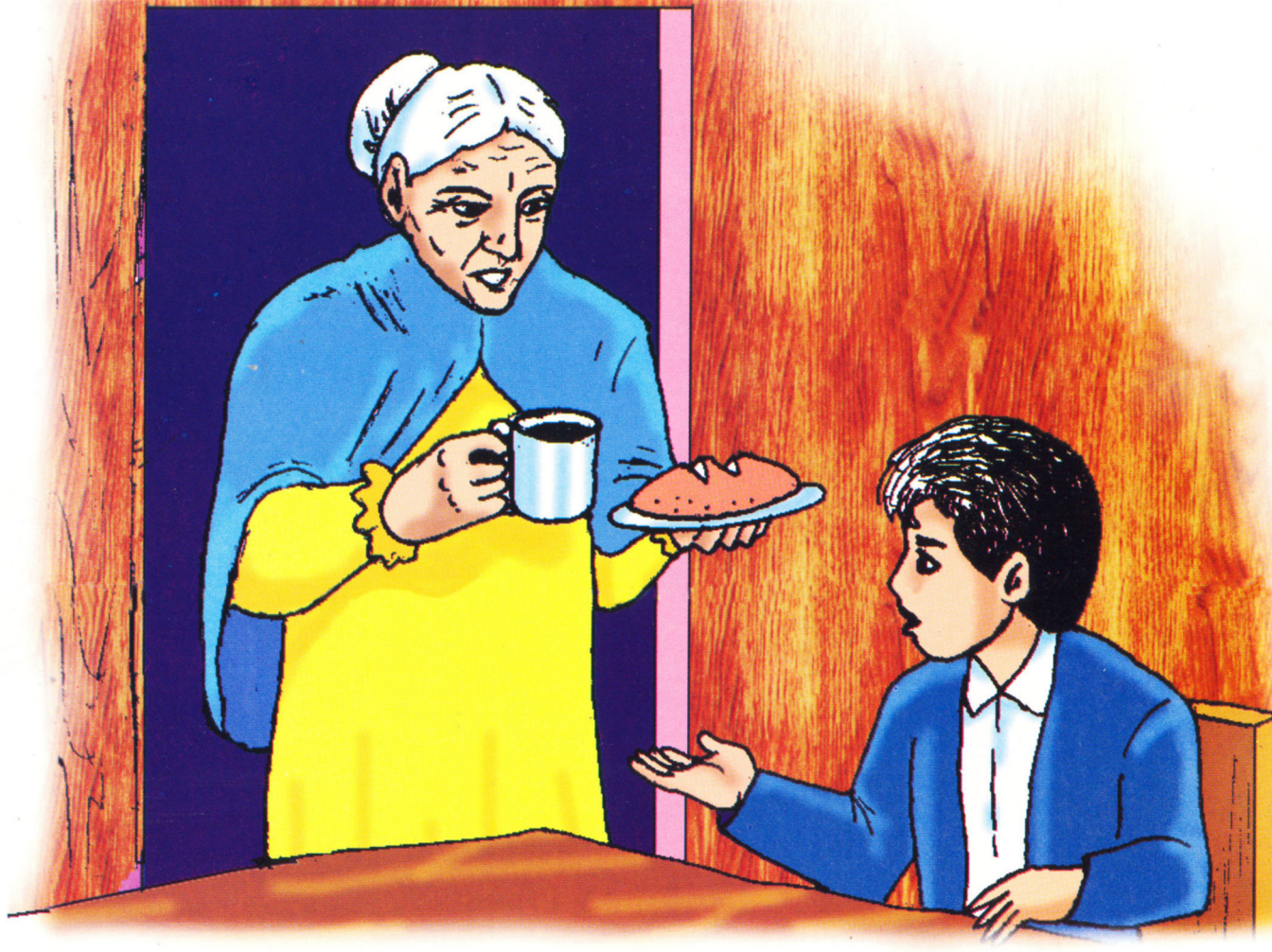


Se puso las grandes medias de mujer que le había regalado una sirvienta de casa rica, los calzones de casimir a cuadros que le ganó al gringo del hotel, por limpiarle las botas todos los días durante una semana, la camisa remendada, la chaqueta de dril, los zapatos que sonreían por varios lados.





Se lavó en una palangana de lata que llenó de agua fresca. Por un ventanillo entraba un haz de rayos de sol que iluminaba el cuartucho destartalado, el catre cojo de la vieja abuela, a quien él, Periquín, llamaba “mamá”. Concluído el tocado gritó:



—¡Mamá, mi café!

Entró la anciana rezongando, con la taza llena del brebaje negro y un pequeño panecillo.

El muchacho bebía a gordos tragos y mascaba a dos carrillos, en tanto que oía las recomendaciones:

—Pagas los chorizos donde la Braulia. ¡Cuidado con andar retozando! Pagas en la carpintería del Canche la pata de la silla, que cuesta real y medio. ¡No te pares en el camino con la boca abierta! Y compras la cecina y traes el chile para el chojín.

Luego, con una gran voz dura, voz de regaño:

—Antier, cuatro reales; ayer siete reales. ¡Si hoy no traes siquiera un peso, verás qué te sucede!





A la vieja le vino un acceso de tos. Periquín masculló, encogiéndose de hombros, un ¡cáspitas!, y luego un ¡ah, sí!

El ¡ah, sí! de Periquín enojaba a la abuela, y cogió su cajoncillo, con el betún, el pequeño frasco de agua, los tres cepillos;

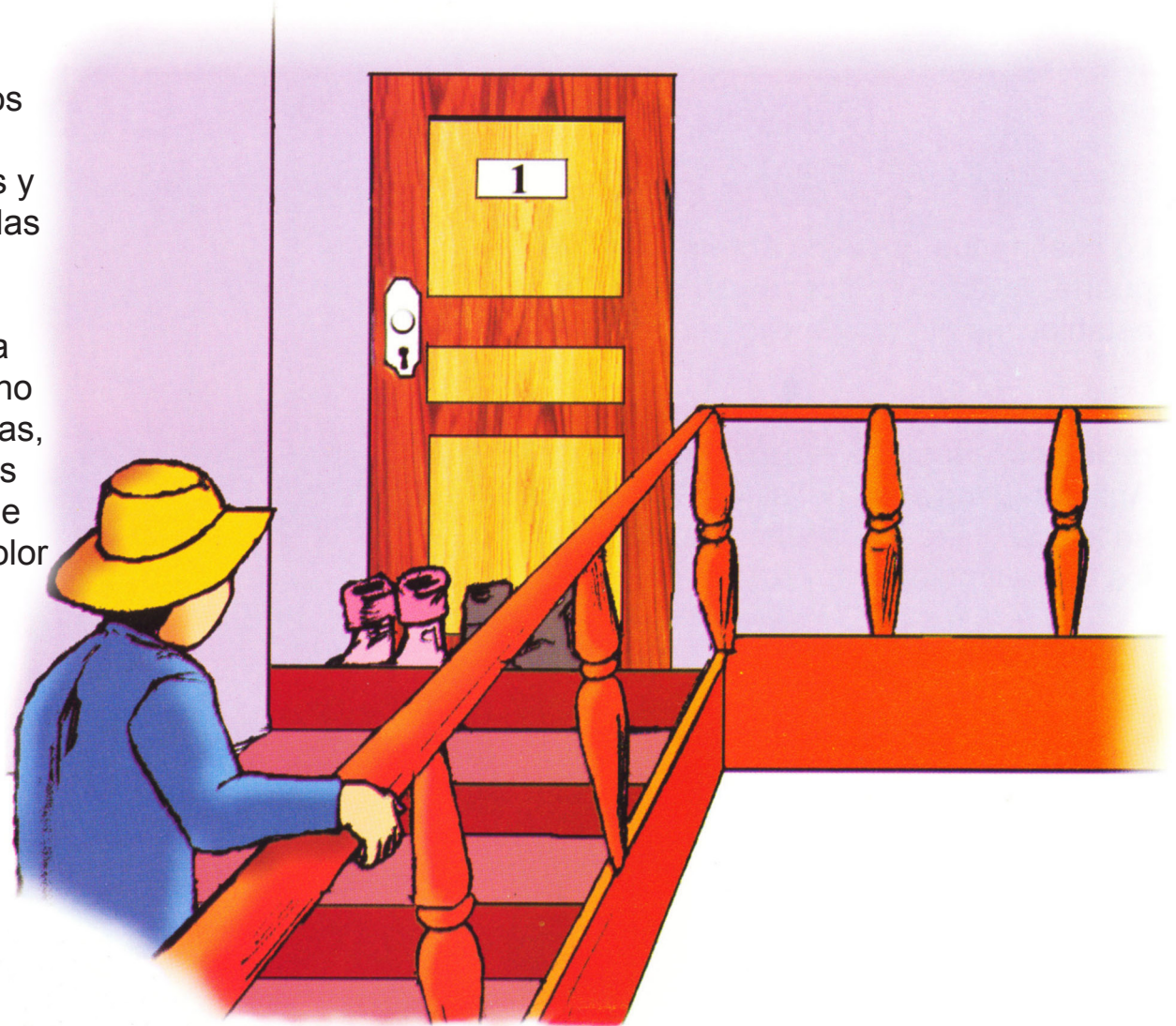
se encasquetó su sombrero averiado y de dos saltos se plantó en la calle trompeteando la marcha: ¡tee-te-re-te-te-te chín! ... El sol, que ya brillaba esplendorosamente en el azul de Dios, no pudo menos que sonreír al ver aquella infantil alegría encerrada en el cuerpecito ágil, de doce años; júbilo de pájaro que se cree feliz en medio del enorme bosque.



Subió las escaleras de un hotel.

En la puerta de la habitación que tenía el número 1, vio dos pares de botinas. Las unas, eran de becerro común, finas y fuertes, calzado de hombre; las otras, unas botitas diminutas que subían denunciando un delicado tobillo y una gordura ascendente que hubiera hecho meditar a Periquín, limpiabotas, si Periquín hubiera tenido tres años más. Las botitas eran de cabritilla, forradas en seda color de rosa. El chico gritó:

—¡Lustren!



Lo cual no fue ¡sésamo ábrete! para la puerta. Apareció entonces un sirviente del establecimiento que le dijo riendo:

—No se han levantado todavía; son unos recién casados que llegaron anoche de la Antigua. Limpia los del señor; a los otros no se les da lustre; se limpian con un trapo. Yo los voy a limpiar.



El criado les sacudió el polvo,
mientras Periquín acometió la tarea
de dar lustre al calzado del novio.



El muchacho al compás del cepillo, canturreaba a media voz: *Yo vi una flor hermosa, fresca y lozana*; pero dejó de cantar para poner el oído atento. En el cuarto sonaba un ruido armonioso y femenino; se desgranaban las perlas sonoras de una carcajada de mujer; se hablaba animadamente y Periquín creía escuchar de cuando en cuando el estallido de un beso.



Al rato se entreabrió la puerta y apareció la cabeza de un hombre joven:

—¿Ya está eso?

—Sí, señor.

—Entra.

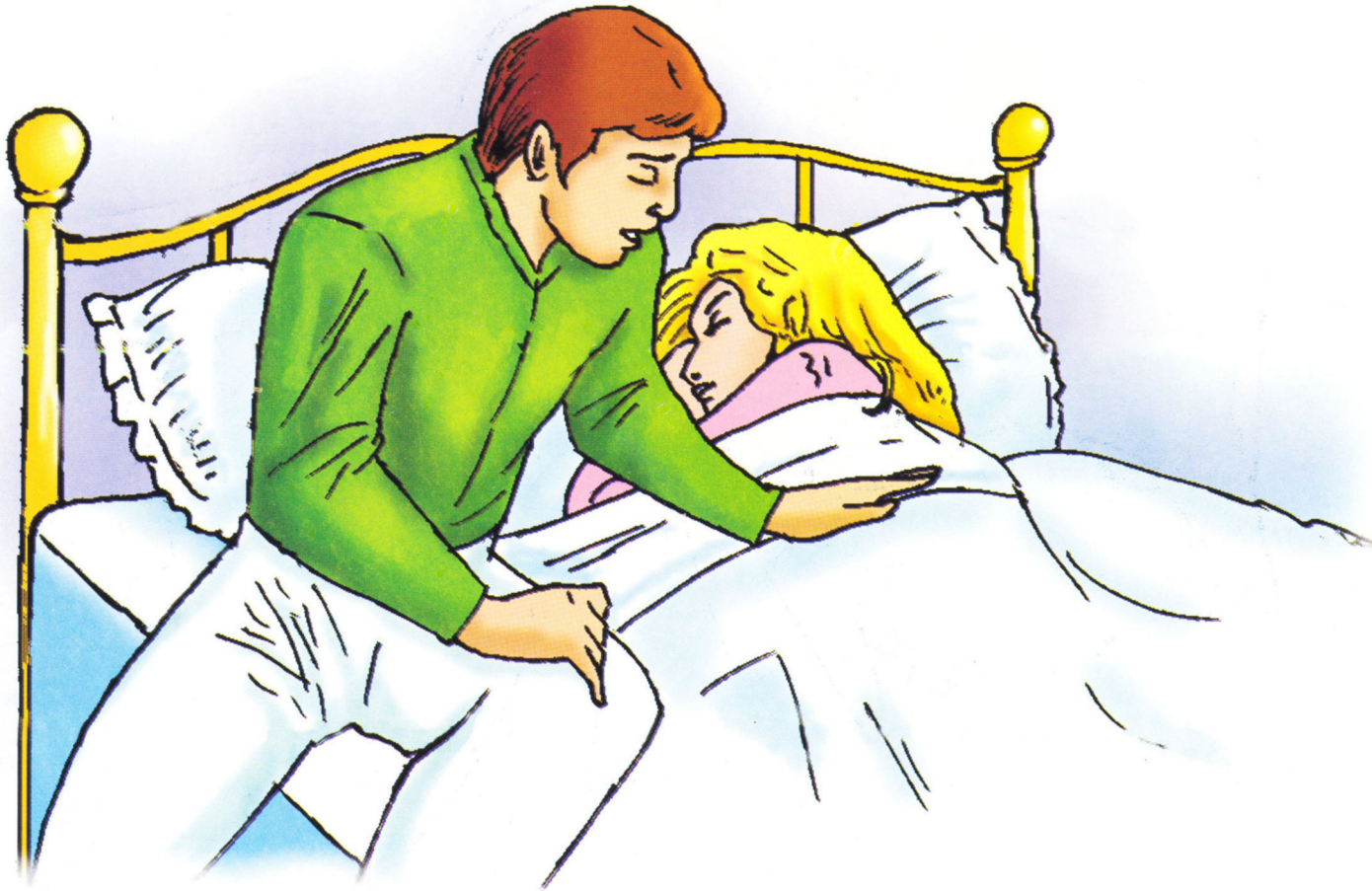


Entró y, por el momento, no pudo ver nada en la semioscuridad del cuarto.

Sí, sintió un perfume, un perfume tibio y “único”, mezclado con ciertos efluvios *rosa blanca*, que brotaba en ondas tenues del lecho, una gran cama de matrimonio, donde, cuando sus ojos pudieron ver claro, advirtió en la blancura de las sábanas un rostro casi de niña, coronado por el yelmo de bronce de una cabellera opulenta; y unos brazos rosados tendidos con lánguida pereza sobre el cuerpo que se modelaba.

Cerca de la cama estaban dos, tres, cuatro grandes mundos, todo el equipaje; sobre una silla, una bata de seda plumiza con alamares violeta; en la capotera, un pantalón rojo, una levita de militar, un kepis con galones y una espada con su vaina brillante.





El señor estaba de buen humor, porque se fue al lecho y dio un cariñoso golpecito en una cadera a la linda mujer.

—¡Y bien, haragana! ¿Piensas estar todo el día acostada? ¿Café o chocolate? ¡Levántate pronto; tengo que ir *al cuartel*! Ya es tarde. Parece que me quedaré aquí de guarnición. ¡Arriba! Dame un beso.

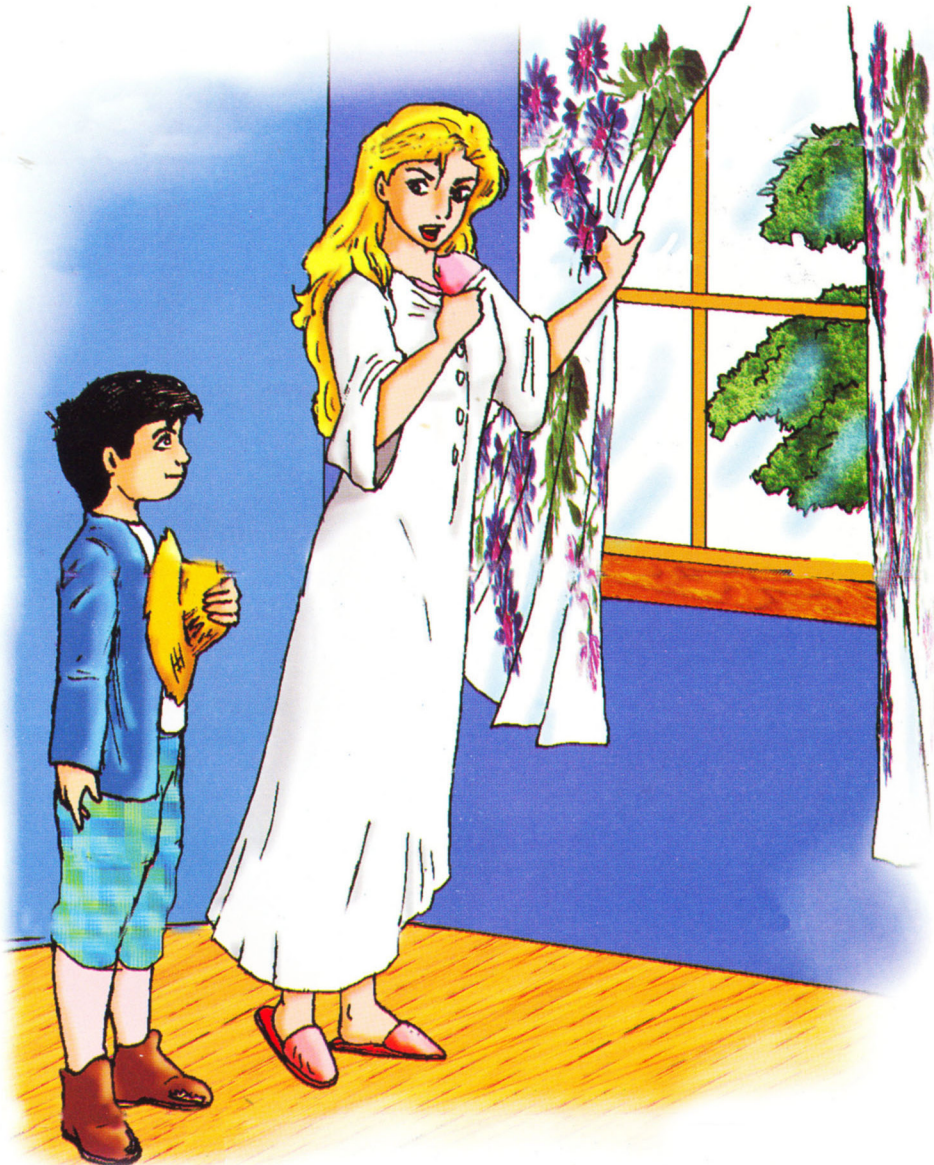


¡Chis, chás! Dos besos. Él prosiguió:

—*¿Por qué no se levanta la niña bonita? ¡Vamos a darle un azote!*

Ella se le colgó del cuello, y Periquín pudo ver hebras de oro entre lirios y rosas.

—¡Tengo una pereza! Ya voy a levantarme. ¡Te quedas, por fin aquí! ¡Bendito sea Dios! Maldita guerra. Pásame la bata.



Para ponérsela saltó en camisa, descalza.

Estaba allí Periquín; pero qué: un chiquillo. Mas Periquín no le desprendía la mirada, y tenía en la comisura de los labios la fuga de una sonrisa maliciosa. Ella se abotonó la bata, se calzó unas pantuflas, abrió una ventana para que penetrara la oleada de luz del día. Se fijó en el chico y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Pedro.

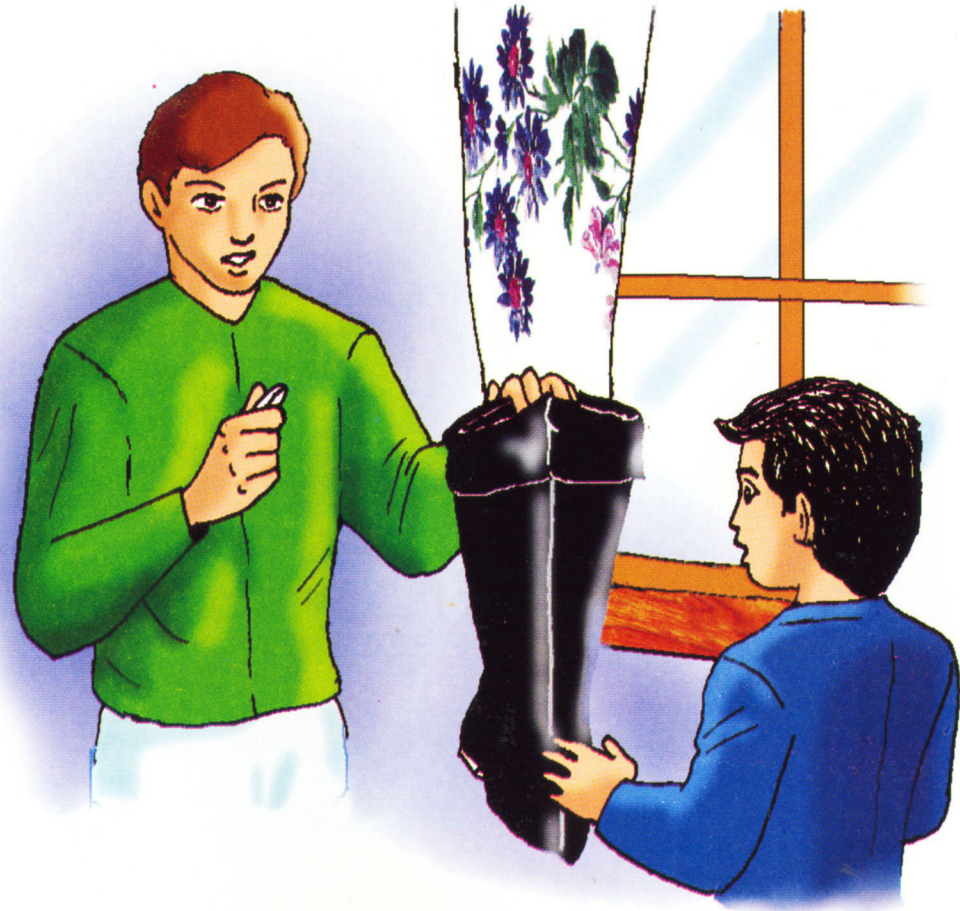
—¿Cuántos años tienes? ¿De dónde eres?
¿Tienes mamá y papá? ¿Y hermanitas?
¿Cuánto ganas en tu oficio todos los días?

Periquín respondía a todas las preguntas.

El capitán Andrés, el buen mozo recién casado, que se paseaba por el cuarto, sacó de un rincón un par de botas federicas, y con un Peso de plata nuevo y reluciente se las dio al muchacho para que las limpiara. Él, muy contento, se puso a la obra.

De tanto en tanto, alzaba los ojos y los clavaba en dos cosas que le atraían: la dama y la espada. ¡La dama! ¡Sí! Él encontraba algo de sobrehumano en aquella hermosura que despedía aroma como una flor. ¡Y la espada! Esa es la que llevan los militares al cinto. La hoja al sol es como un relámpago de acero. El había tenido una chiquita, de lata, cuando era más pequeño.

Se acordaba de las envidias que había despertado con su arma; de que él era el grande, el primero cuando con sus amigos jugaba a la guerra; y de que una vez, en riña con un zarrapastroso gordiflón, con su espada le había arañado la barriga.





Salió a la calle satisfecho y al llegar a la plaza de Armas oyó el vibrante clamoreo de los cobres de una fanfarria marcial. Entraba tropa.

La guerra había comenzado, guerra tremenda y a muerte. Se llenaban los cuarteles de soldados.

Los ciudadanos tomaban el rifle para salvar la Patria, hervía la sangre nacional, se alistaban los cañones y los estandartes, se preparaban pertrechos y víveres; los clarines hacían oír sus voces en e y en i: y allá, no muy lejos, en el campo de batalla, entre el humo de la lucha, se emborrachaba la pálida Muerte con su vino rojo...

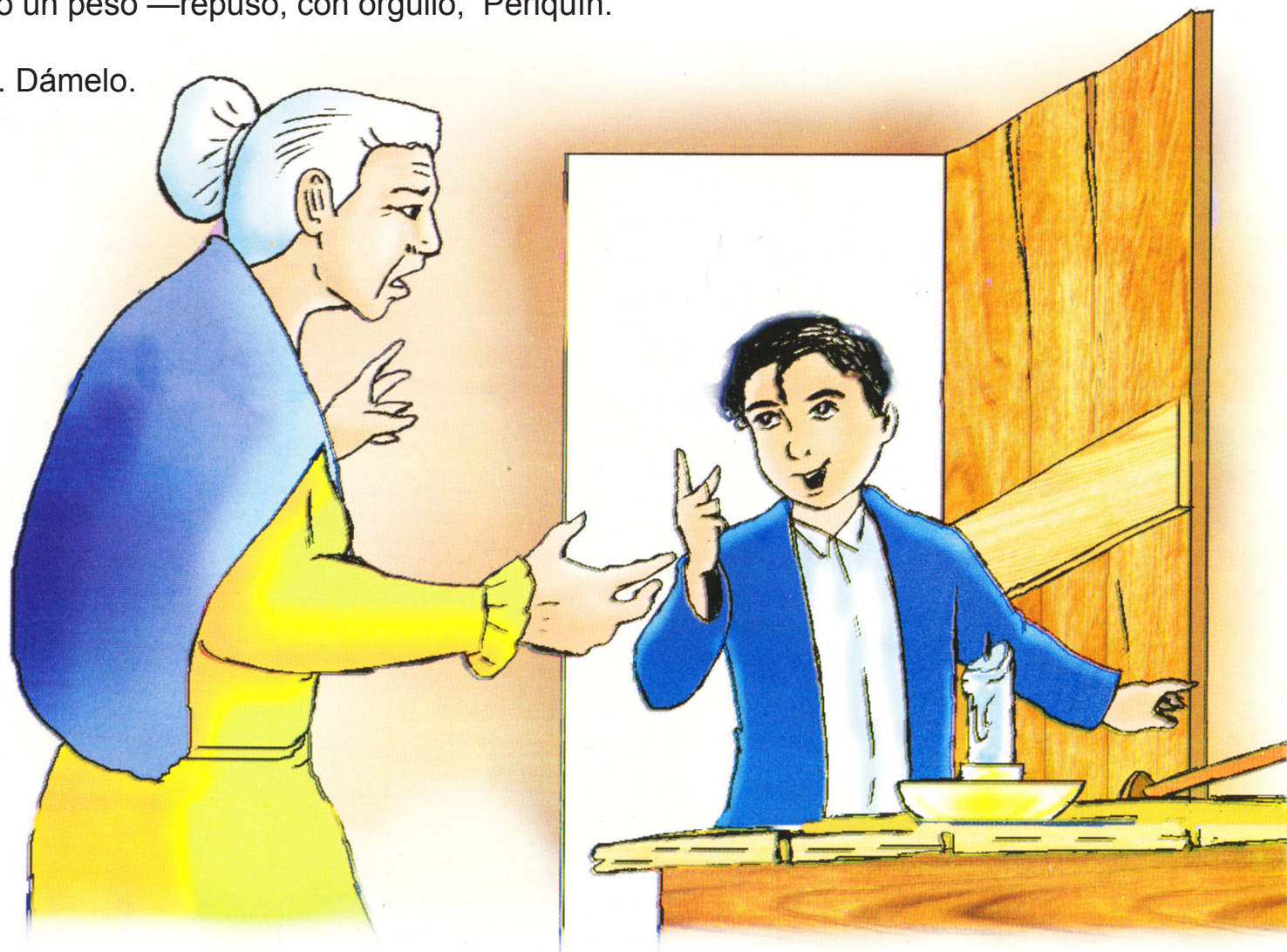
Periquín vio la entrada de los soldados, oyó la voz de la música guerrera, deseó ser el abanderado, cuando pasó flameando la bandera de azul y blanco; y luego echó a correr como una liebre, sin pensar en limpiar más zapatos en aquel día, camino de su casa. Allá le recibió la vieja regañona:



—¿Y eso ahora? ¿Qué vienes a hacer?

—Tengo un peso —repuso, con orgullo, Periquín.

—A ver. Dámelo.



Él hizo un gesto de satisfacción vanidosa, tiró el cajón del oficio, metió la mano en su bolsillo... y no halló nada. ¡Truenos de Dios! Periquín tembló conmovido: había un agujero en el bolsillo del pantalón. Y entonces la vieja:

—¡Ah, sinvergüenza, bruto, caballo, bestia! ¡Ah, infame!, ¡ah, bandido!, ¡ya vas a ver!



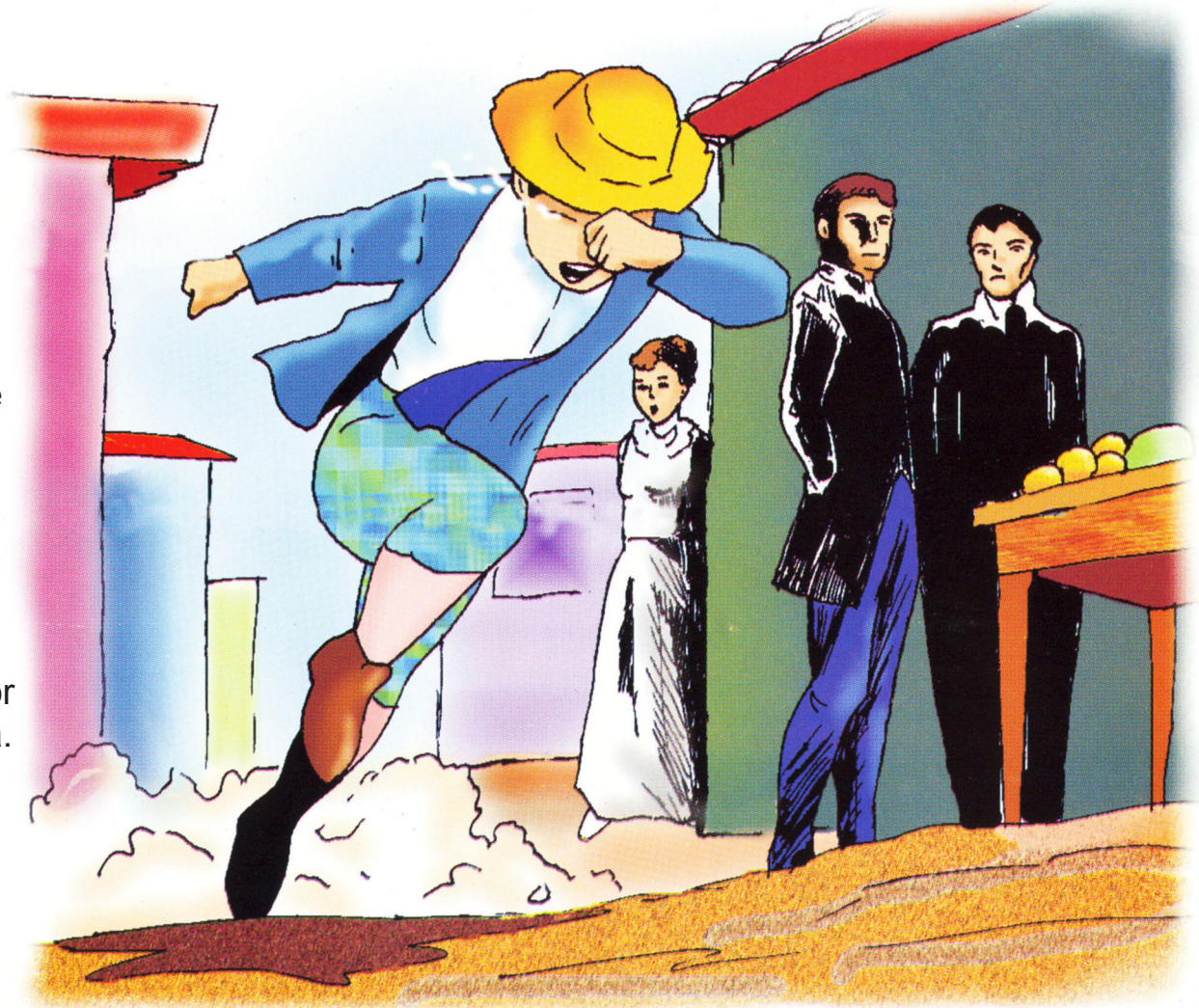
Y, en efecto, agarró un garrote y le dio uno y otro palo al pobrecito:

—¡Por animal, toma! ¡Por mentiroso, toma!



Garrotazo y más garrotazo, hasta que desesperado, llorando, gimiendo, arrancándose los cabellos, se metió el sombrero hasta las orejas, le hizo una mueca de rabia a la “mamá” y salió corriendo como un perro que lleva una lata en la cola.

Su cabeza estaba poseída por esta idea: no volver a su casa. Por fin se detuvo a la entrada del mercado.



Una frutera conocida le llamó y le dio seis naranjas. Se las comió todas de cólera.



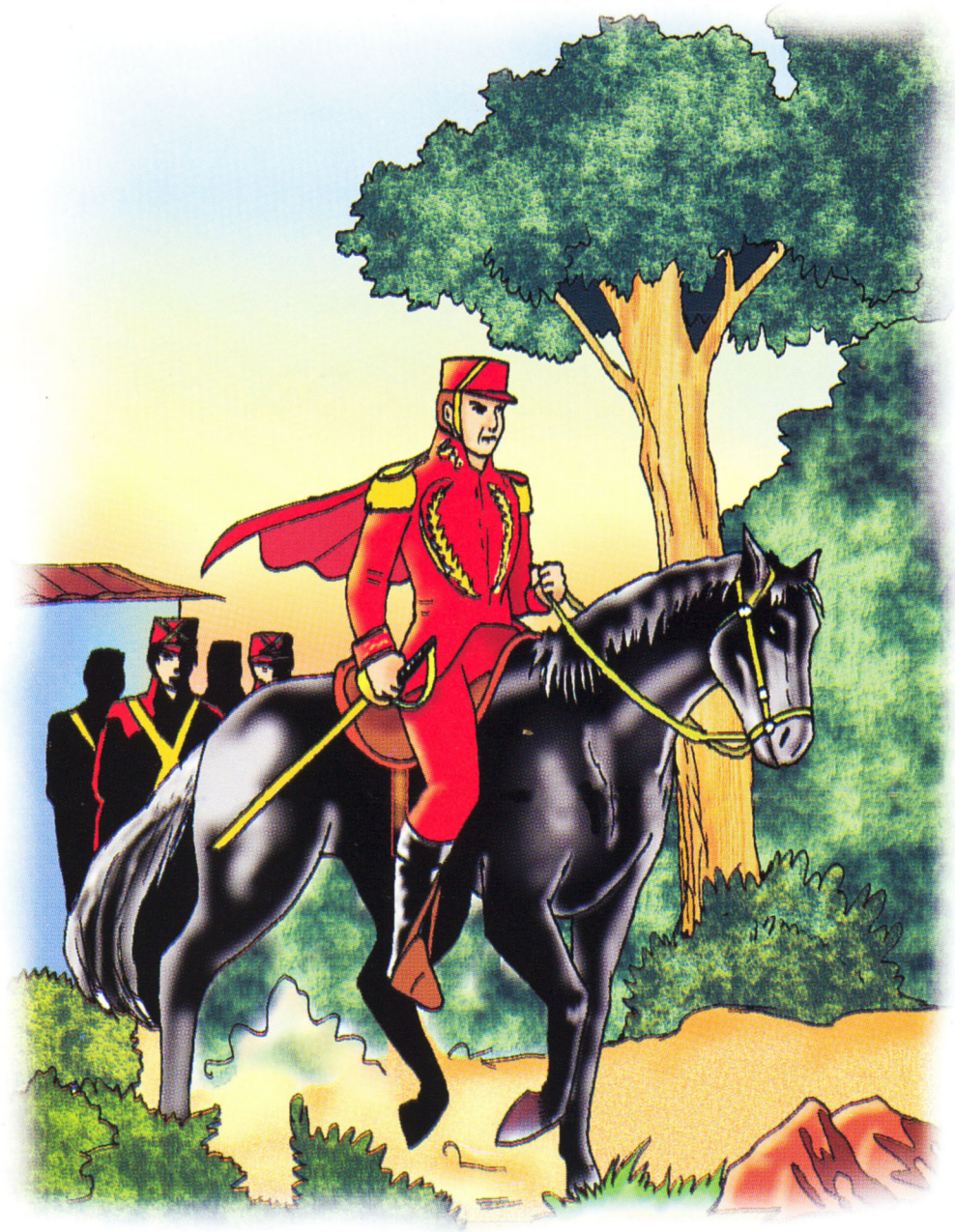
Después echó a andar, meditando, el desgraciado limpiabotas prófugo, bajo el sol que le calentaba el cerebro, hasta que le dio sueño en un portal, donde, junto al canasto de un buhonero se acostó a descansar y se quedó dormido.



El capitán Andrés recibió orden aquel mismo día de marchar con fuerzas a la frontera.

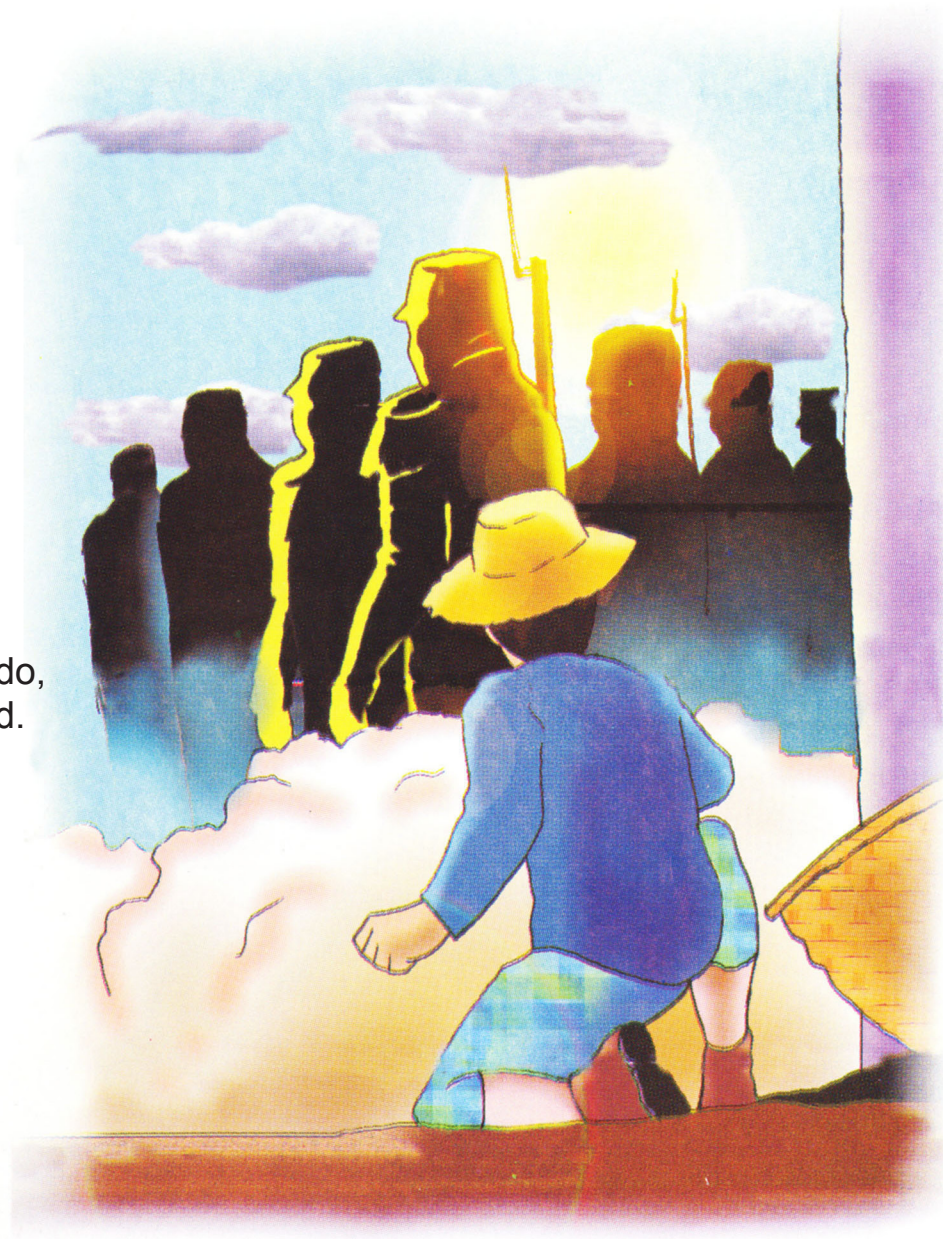


Por la tarde, cuando el sol estaba para caer a Occidente arrastrando su gran cauda bermeja, el capitán, a la cabeza de su tropa, en un caballo negro y nervioso, partía.



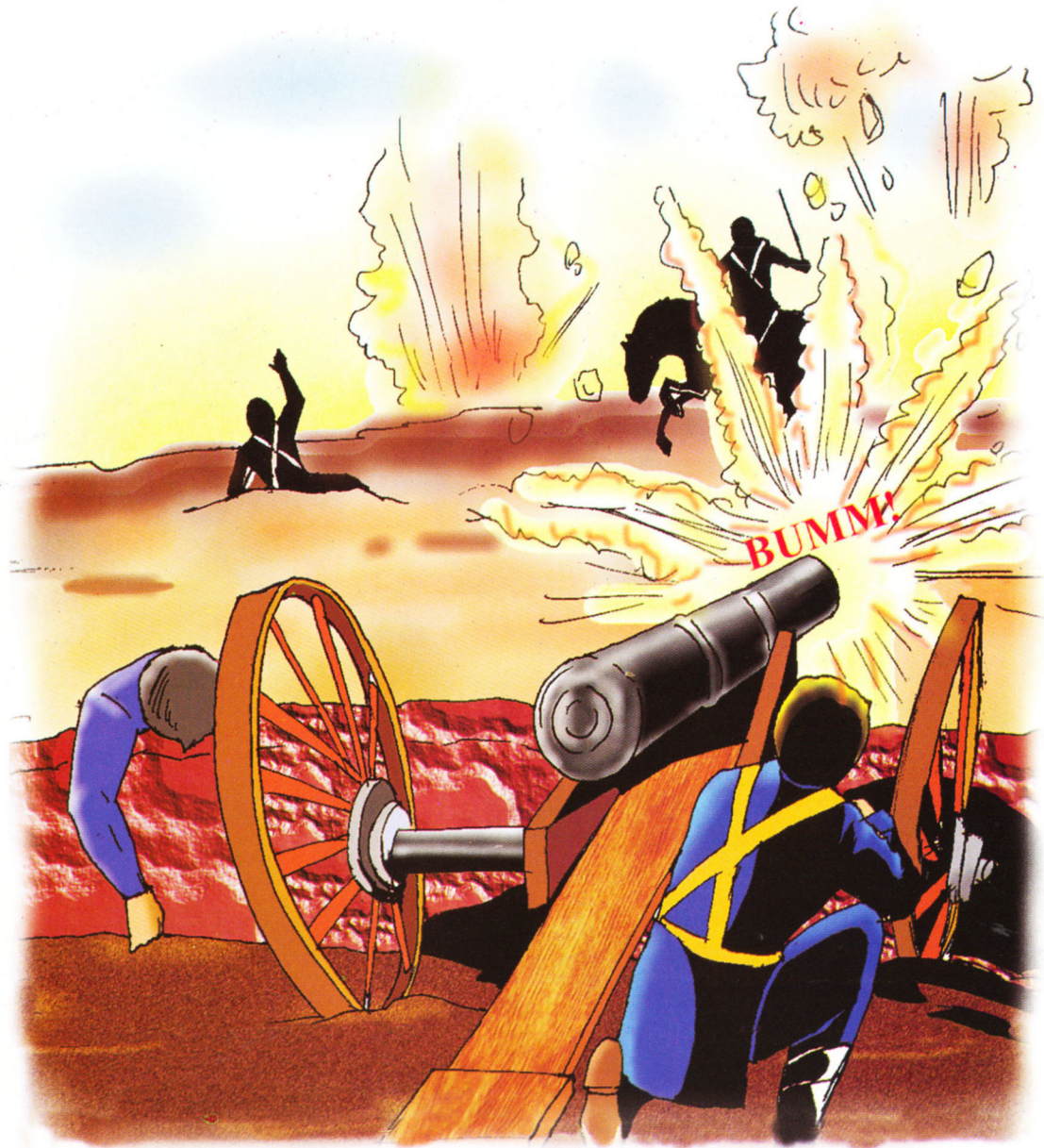
La música militar hizo vibrar las notas robustas de una marcha. Periquín se despertó al estruendo, se restregó los ojos, dio un bostezo. Vio los soldados que iban a la campaña, el fusil al hombro, la mochila a la espalda, y al compás de la música echó a andar con ellos. Camina, caminando, llegó hasta las afueras de la ciudad.

Entonces una gran idea, una idea luminosísima, surgió en aquella cabecita de pájaro. Periquín iría. ¿Adónde? A la guerra.



¡Qué granizada de plomo, Dios mío! Los soldados del enemigo se batían con desesperación y morían a puñados. Se les había quitado sus mejores posiciones.

El campo estaba lleno de sangre y humo. Las descargas no se interrumpían y el cañoneo llevaba un espantoso compás en aquel áspero concierto de detonaciones.





El capitán Andrés peleaba con denuedo en medio de su gente. Se luchó todo el día. Las bajas de unos y otros lados eran innumerables.

Al caer la noche se escucharon los clarines que suspendieron el fuego. Se vivaqueó.

Se procedió a buscar heridos y a reconocer el campo.



En un corro, formado tras unas piedras, alumbrado por una sola vela de sebo, estaba Periquín acurrucado, con orejas y ojos atentos. Se hablaba de la desaparición del capitán Andrés. Para el muchacho aquel hombre era querido. Aquel señor militar era el que le había dado el peso en el hotel; el que, en el camino, al distinguirle andando en pleno sol, le había llamado y puesto a la grupa de su caballería; el que en el campamento le daba de su rancho y conversaba con él.





—Al capitán no se le encuentra —dijo uno—. El cabo dice que vio cuando le mataron el caballo, que le rodeó un grupo enemigo, y que después no supo más de él.

—¡A saber si está herido! —agregó otro—. ¡Y en qué noche!



La noche no estaba oscura, sí nublada; una de esas noches fúnebres y frías, preferidas por los fantasmas, las larvas y los malos duendes. Había luna opaca. Soplaban un vientecillo mordiente. Allá lejos, en un confín del horizonte, agonizaba una estrella, pálida, a través de una gasa brumosa. Se oían de cuando en cuando los gritos de los centinelas. Mientras, se conversaba en el corro. Periquín desapareció. Él buscaría al capitán Andrés: él lo encontraría al buen señor.

Pasó por un largo trecho que había entre dos achatadas colinas, y antes de llegar al pequeño bosque, no lejano, comenzó a advertir los montones de cadáveres.

Llevaba su hermosa idea fija, y no le preocupaba nada la sombra ni el miedo. Pero, por un repentino cambio de ideas, se le vino a la memoria la “mamá” y unos cuentos que ella le contaba para impedir que el chico saliese de casa por la noche.

Uno de los cuentos empezaba: “Este era un fraile...”; otro hablaba de un hombre sin cabeza, otro de un muerto de largas uñas que tenía la carne como la cera blanca y por los ojos dos llamas azules y la boca abierta. Periquín tembló. Hasta entonces paró mientes en su situación.



Las ramas de los árboles se movían apenas al pasar el aire. La luna logró, por fin, derramar sobre el campo una onda escasa y espectral.

Periquín vio entre unos cuantos cadáveres, uno que tenía galones; tembloroso de temor, se acercó a ver si podía reconocer al capitán. Se le erizó el cabello. No era él. Por poco se desmaya el chico.

Huyó pronto de allí, hacia el bosque, donde creyó oír algo como un gemido. A su paso tropezaba con otros tantos muertos, cuyas manos creía sentir agarradas a sus pantalones.



Con el corazón palpitante, desfalleciendo, se apoyó en el tronco de un árbol, donde un grillo empezó a gritarle desde su hendidura:

—¡Periquín! ¡Periquín! ¡Periquín!
¿Qué estás haciendo aquí?

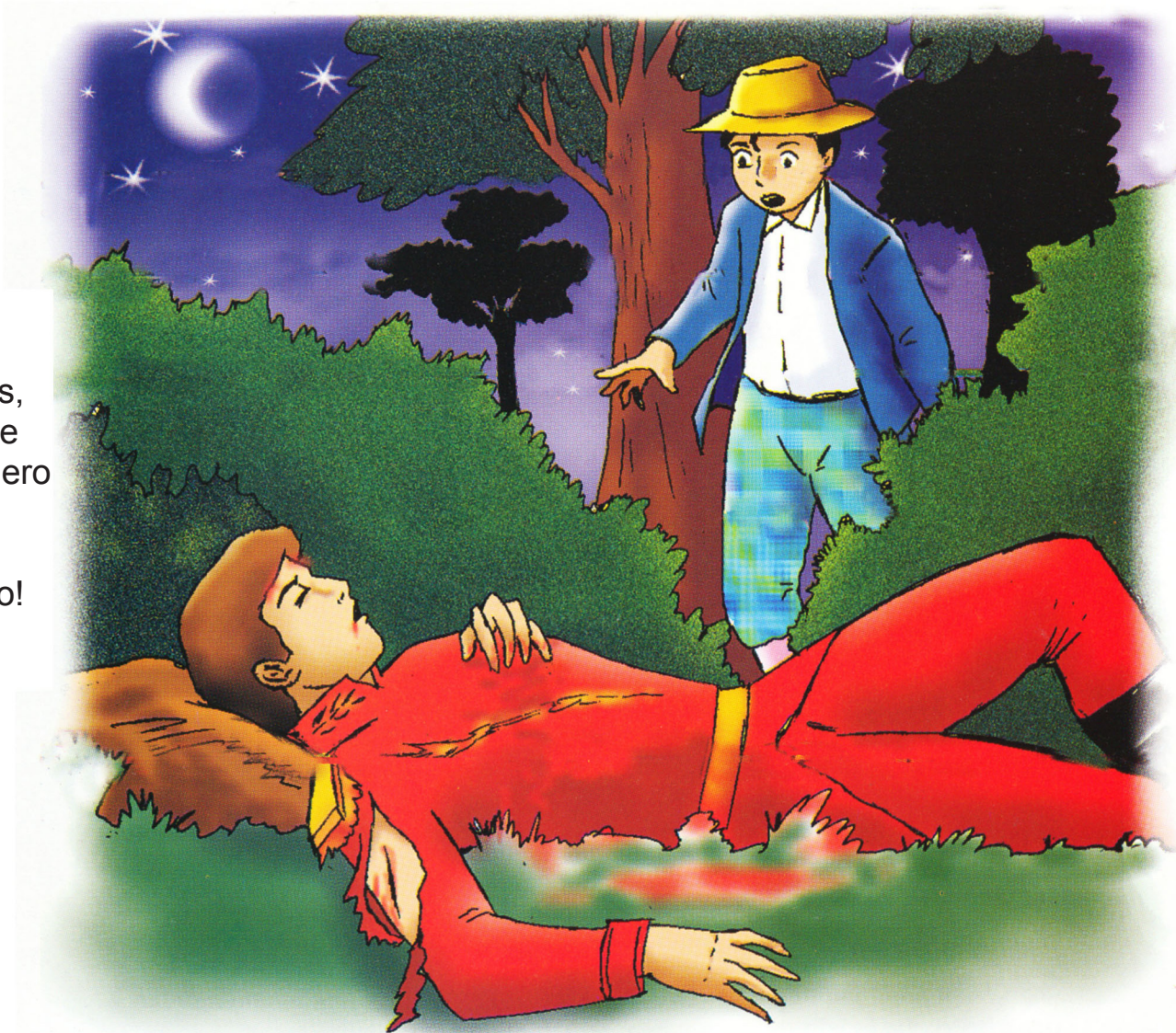
El pobre niño volvió a escuchar el gemido y su esperanza calmó su miedo. Se internó entre los árboles y a poco oyó cerca de sí, bien claramente:

—¡Ay!



Él era, el capitán Andrés,
atravesado de tres balazos,
tendido sobre un charco de
sangre. No pudo hablar. Pero
oyó bien la voz trémula:

—¡Capitán, capitán, soy yo!





Probó a incorporarse; apenas pudo.
Se quitó con gran esfuerzo un anillo,
un anillo de boda, y se lo dio a
Periquín, que comprendió...

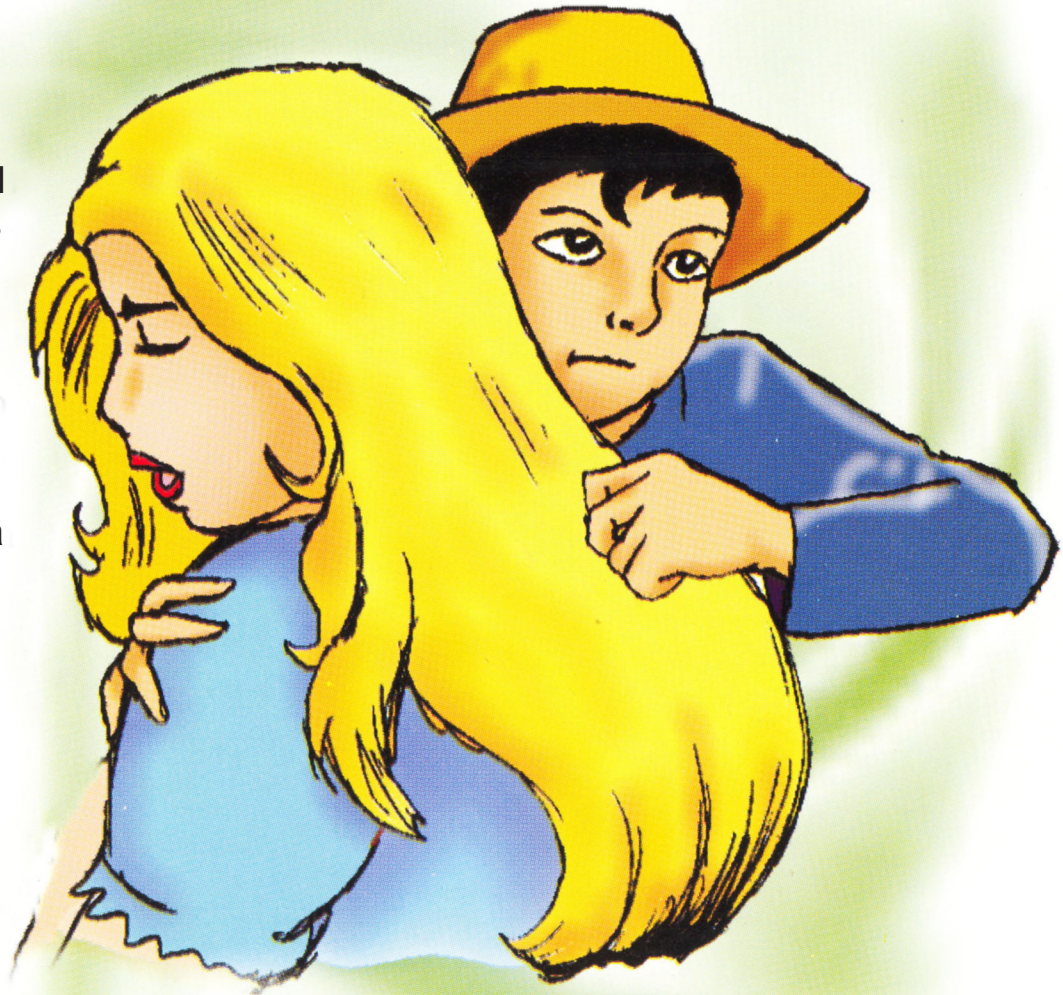


La luna lo veía todo desde allá arriba, en lo profundo de la noche, triste, triste, triste...

Al volver a acostarse, el herido tuvo estremecimientos y expiró. El chico, entonces, sintió amargura, espanto, un nudo en la garganta, y se alejó buscando el campamento.

Cuando volvieron las tropas de la campaña, vino Periquín con ellas. El día de la llegada se oyeron en el hotel X grandes alaridos de mujer, después que entró un chico sucio y vivaz al cuarto número 1.

Uno de los criados observó asimismo que la viuda, loca de dolor, abrazaba, bañada en llanto, a Periquín, el famoso limpiabotas, que llegaba día a día gritando: —¡Lustren!, y que el muchacho tenía en los ojos cierta luz de placer, al sentirse abrazado, el rostro junto a la nuca rubia, donde de un florecimiento de oro crespo, surgía un efluvio perfumado y embriagador.



Políticas Educativas

1. Más Educación... Erradicación del Analfabetismo; Todos los niños, niñas y jóvenes en la Escuela.
2. Mejor Educación... Mejor Curriculum, Mejores Maestros, Mejores Estudiantes, Mejores Escuelas.
3. Otra Educación... Moralización y rescate de la Escuela Pública.
4. Gestión Educativa Participativa y Descentralizada... La Educación como tarea de todos y todas.
5. Todas las Educaciones... Educación con Enfoque Sistemático e Integral.

Rubén Darío (1867-1916) es el gran poeta universal de los nicaragüenses. Con su obra en verso y prosa encabezó a finales del siglo XIX y comienzos del XX una transformación de la lengua española en la forma de expresarse, empleando un ritmo, sonoridades, palabras e imágenes nuevas, en lo que se llamó el Modernismo. Estos logros fueron el resultado de su estudio y asimilación de autores de diversas épocas y lenguas, más sus innatos dotes poéticos manifestados desde muy niño. Darío es reconocido mundialmente por ése y otros méritos literarios.

Más conocida su poesía lo es menos su prosa y en ella los cuentos, algunos apropiados e incluso escritos para los niños. Contribuir a la divulgación de éstos entre los niños de hoy, y para que la herencia literaria de Darío sirva en el fomento de la lectura entre las nuevas generaciones, es el objetivo de la presente publicación.



Gobierno de Reconciliación
y Unidad Nacional

El Pueblo, Presidente!



MINED

Un Ministerio en el Aula